

Amor

Estaba adormilada, la cabeza reposada sobre el muslo de él. Era una tarde de un caluroso día de verano, las ventanas estaban abiertas, se sentía a gusto. Se conocían desde hacía dos años, ambos estudiaban Ciencias Empresariales en Bonn y asistían a las mismas clases. Ella sabía que él la quería.

Patrik le acariciaba la espalda. El libro lo aburría, no le gustaba Hermann Hesse, y si leía los poemas en voz alta era sólo porque ella se lo había pedido. Contemplaba su piel desnuda, la columna vertebral y los omóplatos, recorría su silueta con los dedos. En la mesilla de noche estaba la navaja suiza, con ella había cortado la manzana que se habían comido. Dejó el libro a un lado y cogió la navaja. Con los ojos entornados, ella vio que a él le venía una erección. No pudo evitar sonreír, acababan de hacer el amor. Él abrió la navaja. Ella levantó la cabeza en dirección a su pene. Y entonces sintió el corte en la espalda. Gritó, le apartó la mano de un golpe y se puso en pie de un salto. La navaja cayó al suelo de parquet. Ella sentía cómo la sangre le resbalaba por la espalda. Él la miró desconcertado, ella le dio una bofetada, cogió la ropa de la silla y se precipitó al baño. El piso de estudiantes en el que vivía Patrik estaba en la planta

baja de un edificio antiguo. Ella se vistió a toda prisa, saltó por la ventana y escapó.

Cuatro semanas más tarde, la policía mandó la citación para prestar declaración al domicilio en el que Patrik estaba empadronado. Y puesto que él, como tantos otros estudiantes, no había cambiado el padrón, la carta no llegó a Bonn, sino que acabó en el buzón de casa de sus padres en Berlín. Su madre creyó que se trataba de una multa y la abrió. Esa misma noche, sus progenitores discutieron largamente y se preguntaron qué habían hecho mal; luego el padre telefoneó a Patrik. Al día siguiente, la madre concertó una cita con mi secretaria, y al cabo de una semana la familia vino a mi despacho.

Eran gente decente. El padre era director de obras, un hombre fornido, sin mentón, de brazos y piernas cortos; la madre tendría cuarenta y largos, antigua secretaria, una mujer imperiosa que rebosaba energía. Patrik no armonizaba con sus padres. Era un chico extraordinariamente guapo, de manos delicadas y oscuros ojos castaños. Expuso su versión de los hechos. Explicó que llevaba dos años con Nicole, que jamás habían discutido. Su madre, que lo interrumpía cada dos frases, dijo que se había tratado sin duda de un accidente. Patrik añadió que lo lamentaba, que amaba a la chica, que quería pedirle disculpas pero que no la localizaba.

La madre alzó un poco la voz:

—Pues mejor. No quiero que vuelvas a verla. Además, el año que viene te irás a St. Gallen, a la universidad.

El padre hablaba poco. Al término de la entrevista preguntó si Patrik iba a salir mal parado.

Creí que era un caso sin importancia que se resolvería enseguida. La policía lo había puesto ya en manos de la fiscalía. Hablé por teléfono con la fiscal superior encargada de incoar diligencias. Era la jefa de una unidad enorme, la denominada VG, responsable de los delitos de violencia de género. Miles de casos anuales motivados principalmente por el alcohol, los celos y las disputas por los niños. Enseguida accedió y me permitió consultar el sumario.

Al cabo de dos días, tenía las casi cuarenta páginas en mi ordenador. La fotografía de la espalda de la chica mostraba un corte de 15 cm de longitud, los labios de la herida lisos; se curaría fácilmente y no dejaría cicatriz alguna. Sin embargo, estaba convencido de que aquel corte no había sido un accidente. Una navaja que cae provoca otra clase de herida.

Pedí a la familia una segunda entrevista; como el asunto no era urgente, acordamos una cita para tres semanas más tarde.

Cinco días después, la noche de un jueves, cuando cerraba con llave la puerta del despacho y encendía la luz del rellano, me encontré a Patrik sentado en la escalera. Le dije que pasara, pero él negó con la cabeza. Tenía los ojos vidriosos y un cigarrillo sin encender entre los dedos. Volví a entrar en el despacho, cogí un cenicero y le di fuego. Luego me senté a su lado. El temporizador de la luz hizo clic; nos quedamos a oscuras, fumando.

—Patrik, ¿en qué puedo ayudarte? —le pregunté cuando hubo transcurrido un rato.

—Es difícil— dijo.

—Siempre es difícil —asentí, y esperé.

—Nunca se lo he contado a nadie.

—Tómate tu tiempo, aquí se está la mar de bien.

Hacía frío y estábamos incómodos.

—Quiero a Nicole como nunca he querido a nadie. No tengo noticias de ella, lo he intentado todo. Incluso le escribí una carta, pero no me ha contestado. Tiene el móvil apagado. Su mejor amiga me colgó cuando la llamé.

—Esas cosas pasan.

—¿Qué tengo que hacer?

—La causa penal no es un problema irresoluble. No irás a la cárcel. He leído las diligencias y...

—¿Qué?

—Con toda franqueza: tu versión no se sostiene. No fue un accidente.

Patrik titubeó. Encendió otro cigarrillo.

—Sí, es verdad. En realidad no fue un accidente. No sé si puedo decirle qué fue en realidad.

—Los abogados tenemos el deber de mantener el secreto profesional —dije—. Todo lo que me digas quedará entre nosotros. Sólo tú decides si puedo contarle y a quién. Tampoco tus padres sabrán nada de esta conversación.

—¿Eso vale lo mismo para la policía?

—Sobre todo para la policía y para el resto de autoridades responsables de la aplicación de la ley. Estoy obligado a guardar silencio; de lo contrario, incurriría en un delito.

—De todos modos, no se lo puedo contar —dijo.

De pronto se me ocurrió una idea:

—En el bufete hay un abogado que tiene una hija de cinco años. Hace poco le estaba contando algo a otra niña, las dos sentadas en el suelo. Es una niña muy activa y no paraba de hablar; y mientras hablaba se iba acercando cada vez más a su amiga. Estaba tan entusiasmada con su propia historia que hubo un momento en que por poco se sienta sobre la otra niña. Siguió con la cháchara hasta que al final no pudo resistirlo más: abrazó a su amiga y, de pura felicidad y excitación, la mordió en el cuello.

Me di cuenta de que iba obrando efecto en Patrik, que luchaba consigo mismo. Finalmente, dijo:

—Quería comérmela.

—¿A tu novia?

—Sí

—¿Por qué?

—Usted no la conoce, debería haberle visto la espalda. Tiene los omóplatos rematados en punta, la piel blanca y tersa. La mía está llena de poros que casi parecen agujeros, pero la suya es compacta y lisa. Y cubierta por un vello rubio muy fino.

Traté de recordar la fotografía de la espalda que había visto en el sumario.

—¿Era la primera vez que sentías ese deseo? —pregunté.

—Sí. Bueno, hubo otra vez, pero no fue tan fuerte. Fue durante nuestras vacaciones en Tailandia, un día que estábamos en la playa. La mordí un poco demasiado fuerte.

—Y esta vez, ¿cómo querías hacerlo?

—No sé. Creo que sólo quería cortar un cacho.

—¿Alguna vez has tenido ganas de comerte a otra persona?

—No, claro que no. Me pasa con ella, sólo con ella. —Dio una calada—. ¿Estoy loco? No soy una especie de Hannibal Lecter, ¿verdad?

Tenía miedo de sí mismo.

—No, no lo eres. No soy médico, pero creo que te has dejado llevar demasiado por tu amor. Tú lo sabes, Patrik; es más: tú mismo lo dices. Creo que estás muy enfermo. Tienes que dejar que te ayuden. Y tienes que hacerlo pronto.

Existen muchas clases de canibalismo. Las personas se comen a otras personas por hambre, por cuestiones rituales o, como era el caso, por trastornos graves de la personalidad

que a menudo cobran un marcado carácter sexual. Patrik creía que Hannibal Lecter era un invento de Hollywood, pero existe desde tiempos inmemoriales. En Estiria, en el siglo XVIII, Paul Reisinger se comió «seis corazones palpitan-tes de vírgenes» (creía que si se merendaba nueve se haría invisible). Peter Kürten se bebió la sangre de sus víctimas, Joachim Kroll se comió en los años setenta por lo menos ocho personas a las que había matado, y Bernhard Oehme, en 1948, devoró a su propia hermana.

La historia del derecho está llena de ejemplos inverosí-miles. Cuando Karl Denke fue detenido en 1924, hallaron en su cocina restos humanos de toda clase: trozos de car-ne en vinagre, un cubo repleto de huesos, ollas con grasa derretida y un saco con cientos de dientes. Llevaba unos tirantes fabricados con jirones de piel humana en los que podía distinguirse algún que otro pezón. A fecha de hoy se desconoce el número de sus víctimas.

—Patrik, ¿has oído hablar alguna de vez de un japonés llamado Issei Sagawa?

—No. ¿Quién es?

—Sagawa es hoy crítico gastronómico en Tokio.

—Ya, ¿y?

—En 1981 se comió a su novia en París. Dijo que la quería demasiado.

—¿Se la comió toda?

—Al menos algunos trozos.

—Y... —a Patrik le temblaba la voz— ¿dijo cómo fue?

—No recuerdo exactamente. Creo que dijo que sabía a atún.

—Ah...

—Los médicos de entonces le diagnosticaron un tras-torno psicótico grave.

—¿Es lo que yo tengo?

—No lo sé con certeza, pero quiero que vayas a ver a un médico. —Encendí la luz—. Espera un momento, por favor, voy a buscarte el número del servicio de urgencias psiquiátricas. Si quieres, puedo llevarte en coche.

—No —dijo—. Antes me gustaría pensar.

—Yo no puedo obligarte. Pero por favor, mañana a primera hora ven aquí al despacho. Te acompañaré a ver a un psiquiatra muy bueno.

Titubeó. Luego dijo que acudiría, y nos levantamos.

—¿Puedo preguntarle algo? —añadió. Y en voz muy baja—: ¿Qué pasa si no voy a un psiquiatra?

—Me temo que la cosa empeorará —respondí.

Volví a abrir la puerta del despacho para buscar el número de teléfono y dejar el cenicero. Cuando regresé al rellano, Patrik ya no estaba.

Al día siguiente no se presentó. Una semana más tarde recibí una carta de su madre con un cheque. Me retiraba la representación legal de su hijo, y como la carta también la firmaba Patrik, tenía validez. Llamé a Patrik, pero no quiso hablar conmigo. Finalmente, renuncié a su defensa.

Dos años más tarde, me hallaba en Zurich dando una conferencia. Durante la pausa, se acercó a hablarme un abogado penalista ya mayor, de St. Gallen. Mencionó el nombre de Patrik y me preguntó si había sido mi cliente, que Patrik así lo había sugerido. Pregunté qué había pasado. Mi colega dijo:

—Patrik mató hace dos meses a una camarera, el motivo sigue siendo a fecha de hoy todo un misterio.